

ral cartaginés desde el punto de vista estratégico: siendo muy amigo de los Fabios y de los Escipiones, no quería agraviarlos ocupándose con demasiada extensión de su ilustre rival. La derrota final de Aníbal autorizaba al narrador hasta el empleo de la ironía hablando de los altos hechos del Cartaginés.

La obscuridad del texto de Polibio, que no se disipa con las narraciones de Tito Livio, con cien años de posterioridad, y que se espesa todavía más con las memorias de los mil comentadores, es tan grande que, para designar el paso de los Alpes escogido por Aníbal, se ha podido dudar entre los diversos collados que se suceden de Sud á Norte, luego al Este, desde el de Argentiere al San Gotardo, sobre un desarrollo total de unos 400 kilómetros: todas las sendas frecuentadas por los montañeses han sido enumeradas como trazadas ó ensanchadas por el famoso Cartaginés; pero, aunque el camino que remonta á lo largo del Isere tenga muchos partidarios, la mayor parte de los historiadores modernos consideran el paso del monte Genevre, entre el Briançon, sobre el Duranza, y Suza, sobre el Doria Riparia, como el lugar de escaleo escogido por Aníbal siguiendo el consejo de sus guías alóbrogos<sup>1</sup>. Allí encontraría indudablemente menos dificultades; debieron de ser grandes, sin embargo, puesto que en el tiempo empleado en franquear los Alpes perdió la mitad de su ejército. Algunos elefantes, unos hombres de tez bronceada, hasta negros, que habían descendido hasta la llanura del Po como caídos de las nubes, daban un aspecto extraño á aquel ejército de extranjeros, á cuyo encuentro se apresuraban los Romanos. Demasiado tarde, sin embargo, porque los Cartagineses, unidos á los Galos insurrectos, rechazaron sucesivamente del otro lado del Po y de los Apeninos á los dos ejércitos consulares que primeramente se había enviado contra ellos en una dirección muy diferente, uno á Sicilia y otro á España. ¡Extraordinario cambio de frente que hubieran debido operar repentinamente todas las fuerzas de Roma!

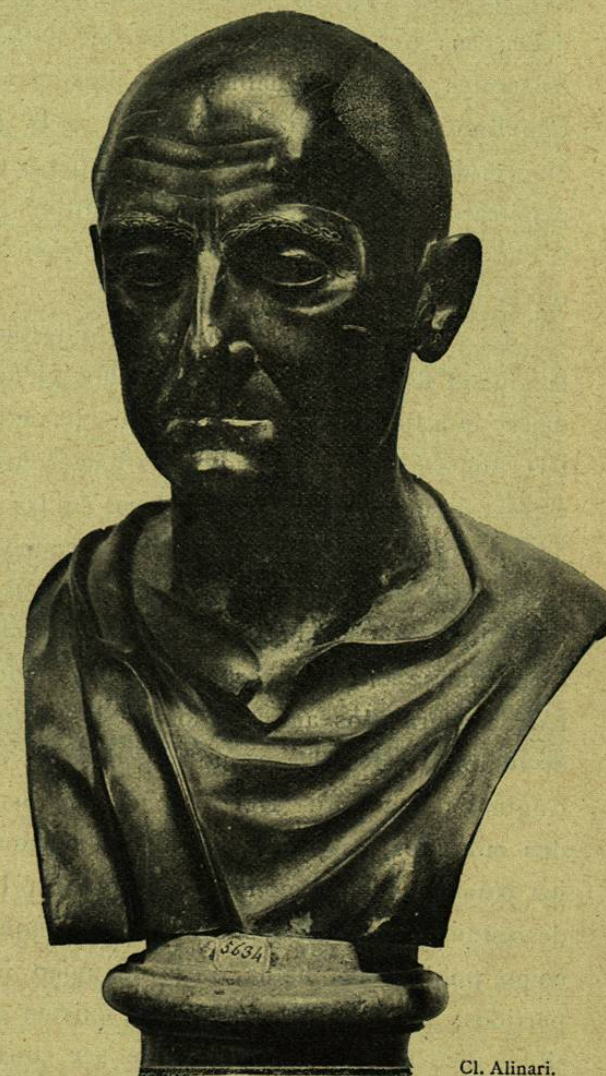
Pero Roma no debía sucumbir. Por gran capitán que fuese Aníbal; por prodigiosamente hábil que hubiera sido para aprove-

<sup>1</sup> Ernest Desjardins, *Géographie de la Gaule romaine*, II y III, ps. 259 y 268.

chase de las ventajas que le presentaran el campo de batalla, las condiciones del medio y el estado moral de las tropas, no dejaba de ser un extranjero, dueño solamente del terreno donde acampaba. Para luchar victoriosamente contra Roma, que rodeaban aliados y

que conservaba sus libres comunicaciones marítimas, hubiera debido apoyarse sobre pueblos amigos y no perder el contacto con la madre patria. Pero los Galos sólo le ayudaron á medias, el rey de Macedonia no fué más que un aliado incierto, y aunque hubiera logrado, por un rodeo al este de los Apeninos, acantonarse en la Italia meridional, en la proximidad de Libia, no hubiera podido recibir de Cartago sino socorros muy irregulares en hombres y en dinero, porque el mar no le pertenecía. Sin embargo, hubiera podido mantenerse durante quince años sobre el territorio del enemigo, desplazando su reino con su ejército. Los Romanos, á su vez, siguieron su ejemplo llevando la guerra fuera de Italia,

á Sicilia, á España, y después, con Escipión, hasta delante de Cartago. He ahí cómo el genio personal de Aníbal no pudo nada contra un hecho geográfico, la posición dominante de Roma comparada con la de Cartago, árbol de poderoso ramaje pero de raíces débiles.



Cl. Alinari.

ESCIPIÓN EL AFRICANO  
Museo de Nápoles.

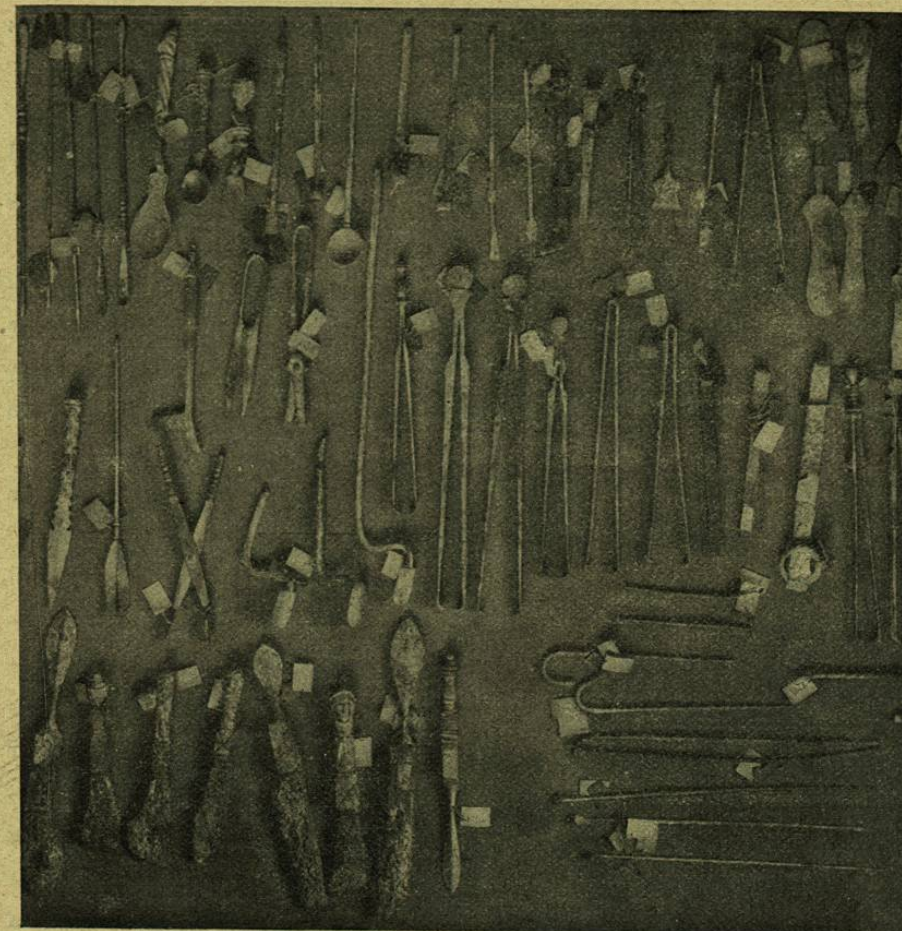
Forjada de nuevo por la terrible guerra, la potencia romana salió de la prueba más sólida y más extensa que en el período precedente. Á la Italia toda entera, absolutamente sometida, el imperio añadía en lo sucesivo el litoral mediterráneo de las Galias, las tres grandes islas del mar Tirreno, las Baleares, la península Ibérica, sus ciudades, sus puertos y sus minas de plata. De rechazo, los aliados orientales de Anibal habían sido igualmente arrastrados como en un remolino por la fuerza de atracción de la gran ciudad conquistadora. Macedonia y Grecia se hicieron una presa fácil; los ejércitos romanos penetraron en el Asia Menor, mientras que en África, vigilando á Cartago, esperaban una señal para comenzar de nuevo la guerra contra la ciudad púnica.

La señal la dió Roma medio siglo después de la derrota de Anibal: la ciudad donde se contaban muchos cientos de miles de habitantes, dicese que llegaban á 700 000, que vivían por el comercio y la industria, fué tomada y entregada á las llamas, para no renacer jamás como capital de imperio, y los vencedores cuidaron de que sus aliados africanos no sucediesen á Cartago en la dominación del territorio de Libia.

Por lo demás, la raza berebere estaba demasiado exparcida en los valles y en la cima de las montañas de Mauritania para que pudiera unirse en un cuerpo de nación con una sola voluntad. Los Numidas eran los antepasados de los que llevan hoy en Mauritania el nombre de Kabilas y que son, después de los Tuaregs, el tipo más original de la raza. No habiendo cambiado el medio durante esos dos mil años, es probable que las costumbres y la vida política de los Numidas fueran con corta diferencia las mismas que las de sus descendientes: se dividían en tantas pequeñas repúblicas autónomas como poblaciones había, pero se unían individualmente en grandes partidos, análogos á los *Çof* que existen en nuestros días. «Es posible, dice Renan, que hayan de ser considerados los Masinisa, los Syphax y los Yugurta como jefes de *Çof* unidos alternativamente á la fortuna de los Romanos ó de los Cartagineses»<sup>1</sup>.

Sin embargo, esa raza incierta y movidiza, que los pueblos civilizados del norte del Mediterráneo despreciaban como bárbara, no

<sup>1</sup> *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, p. 345



INSTRUMENTOS DE CIRUGÍA HALLADOS EN POMPEYA

Museo de Nápoles.

Cl. Alinari.

dejó de alcanzar un rango muy elevado en la antigua historia de la cultura, puesto que desde las primeras edades en que se halló en contacto con los Cartagineses, poseía ya un sistema de escritura propia que no parece haber servido á otras naciones<sup>1</sup>, y se encuentra solamente en las costas mauritanias y en el Sahara: la inscripción berebere más antigua que se haya encontrado es la de Tugga, en Túnez, donde está asociada á un texto púnico.

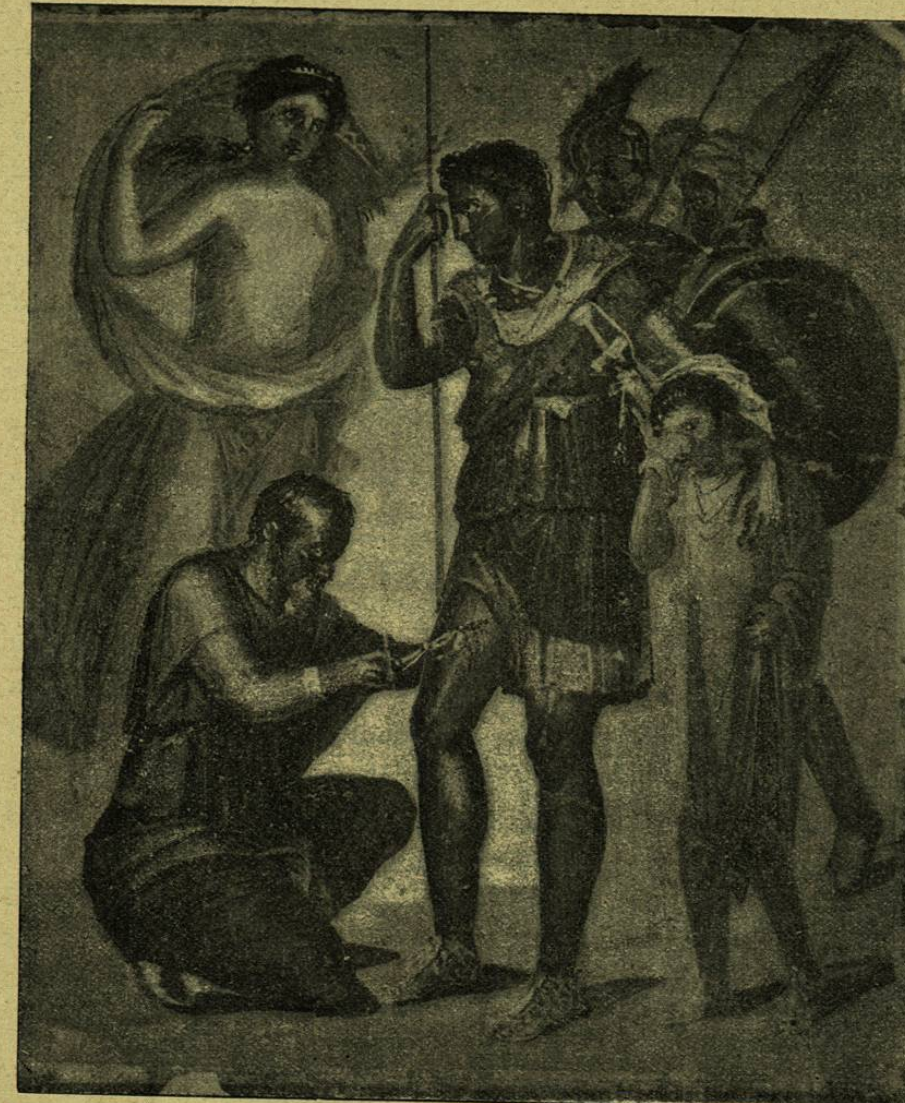
Después del desenlace del conflicto que aseguraba para lo suce-

<sup>1</sup> A. Hanoteau y A. Letourneux, *La Kabylie et les Coutumes kabyles*.

sivo la dominación absoluta de Roma sobre toda la cuenca del mar Interior, parecía cerrado definitivamente un período de la historia: todo el mundo conocido pertenecía á la triunfante república romana. Fuera del territorio conquistado, se entraba en seguida en las regiones misteriosas habitadas por los bárbaros ó por unos pueblos del Oriente que los Romanos conocían únicamente por mediación de los Griegos. Podían decirse ya los «Dueños del Mundo». En esta situación extraordinaria de eminencia política, Roma, cuya fuerza de expansión se encontraba, por decirlo así, casi paralizada por falta de territorio que conquistar, había de limitarse, respecto del exterior, á la defensiva contra las invasiones posibles de los bárbaros, y á aplicar casi todas sus fuerzas á resolver las dificultades interiores: un trabajo de digestión iba á suceder al enorme acrecentamiento que acababa de adquirir el organismo romano.

Las continuas guerras de que Roma había salido victoriosa, habían fortificado el carácter esencialmente aristocrático de su gobierno, resultando que los legionarios habían en realidad ganado todas las victorias contra su propia clase de proletarios y de pobres. Las conquistas romanas habían tenido además otro resultado: el de hacer converger grandes riquezas hacia la ciudad dominadora. Todo el dinero acumulado se hizo el objeto del respeto universal, y los patricios, que contaban en su clase á casi todos los enriquecidos, añadieron al prestigio de su nacimiento el que da la posesión de los tesoros. Hasta los plebeyos que pedían tierras no pensaban en pedir la repartición de las propiedades ya caídas en manos de los ricos; se limitaban á querer su parte de las tierras públicas.

Así resultaba que todos los poderes pertenecían á la misma clase. Sólo los ricos eran magistrados, porque eran los únicos que podían comprar los cargos; ellos solos eran senadores, porque el censo, que permitía obtener esta función, necesitaba la opulencia del candidato. Nada da idea más clara de esa oligarquía que el simple hecho citado por Duruy: desde el año de Roma 453 al año 603, se nombraron trescientos cinco cónsules, ¡nueve familias suministraron por sí solas ciento setenta y cinco de esos magistrados! El poder pertenecía, pues, á la fortuna, si no siempre en los negocios interiores, porque había á veces que temer insurrecciones populares, á lo menos en



CIRUJANO CURANDO Á ENEAS HERIDO  
Pintura mural de Pompeya.

Cl. Brogi.

todas las cosas de la política exterior. En esta parte, el Senado era dueño absoluto. Él recibía los embajadores, concluía las alianzas, distribuía las provincias, repartía las legiones, ratificaba los actos de los generales, determinaba las condiciones impuestas á los vencidos. Tenía en mano el ejercicio de todos los poderes que en las ciudades republicanas pertenecía antes por completo á la asamblea popular<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Fustel de Coulanges, *La Cité Antique*, p. 452.

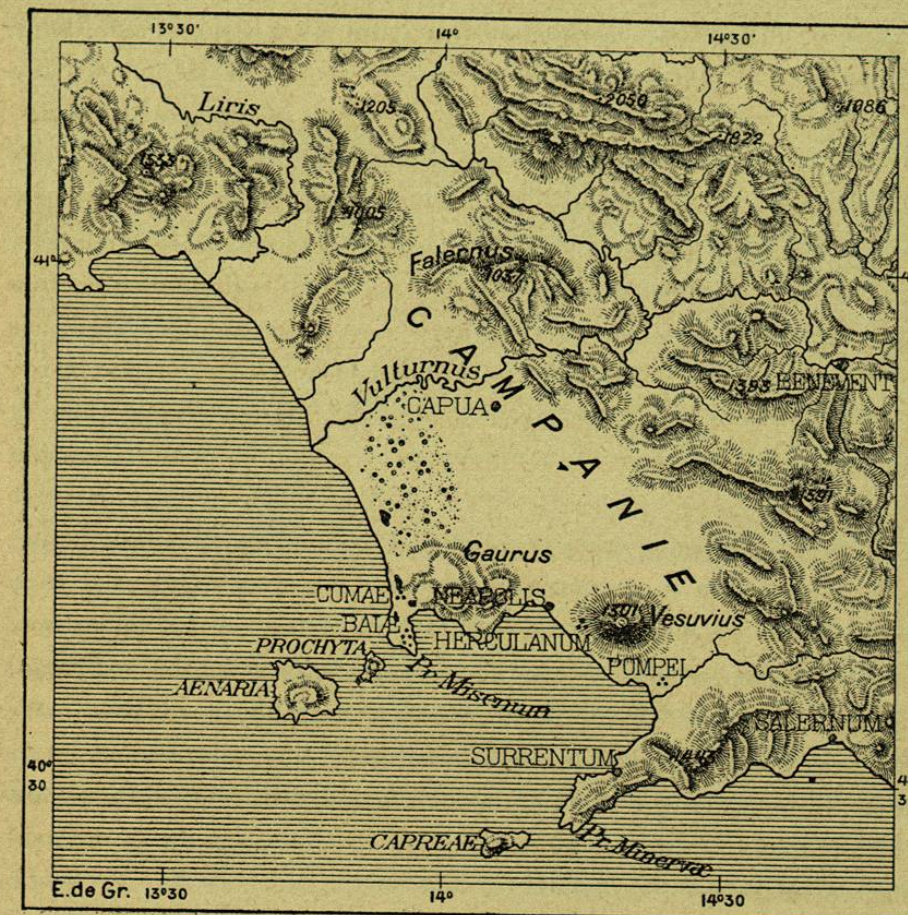
Para combatir con éxito esta omnipotencia del Senado romano, hubiera sido preciso que los oprimidos, los ofendidos y los humillados de toda clase y de todo origen se hubiesen unido en sus reivindicaciones, pero, al contrario, permanecían enemigos los unos de los otros. Ni aun supieron sostener eficazmente á los Gracos, que, conmovidos por la miseria del pueblo, los progresos de la esclavitud y la ruina de los campos, hicieron traición á los intereses inmediatos de su propia clase y se empeñaron en combatir los males por una serie de leyes limitando la gran propiedad, instituyendo colonias agrícolas y concediendo más derechos á los Latinos y á los Italianos. El odio de los patricios y la ignorancia de aquellos cuya defensa tomaban, hicieron desaparecer pronto esos reformadores. Después de ellos los conflictos no hicieron más que envenenarse, pero tomaron la forma de una lucha entre dos dictadores. Mario y Sylla, César y Pompeyo, Octavio y Antonio, uno de los cuales pretendía anonadar las reivindicaciones plebeyas. Los pueblos aliados que combatían las batallas de Roma, que le ayudaban en sus expediciones contra Iberia y Cartago, contra los Galos y los Macedonios, reclamaban el derecho de ciudad que se había concedido á los Latinos, pero este derecho no pudieron obtenerle sucesivamente sino después de largas guerras intestinas, de que Merimée nos ha trazado un cuadro espantoso<sup>1</sup>, y aun la fundación en el centro de la península de una nueva Roma, designada bajo el nombre de Itálica, después Corfinium, como para simbolizar el derecho igual de todos los Italianos á la dominación del mundo.

En cuanto á los proletarios de Roma, continuaban agitándose, no para tener parte igual que los patricios — su ambición no era tan alta, — sino para aumentar su porción de botín sobre los pueblos conquistados. Las guerras civiles, causadas entre las clases por los apetitos y las ambiciones en lucha, fueron tan sangrientas como las guerras exteriores: las proscripciones sucedieron á las proscripciones, las matanzas á las matanzas; pero donde desapareció todo sentimiento de piedad, donde la bestia humana se mostró en toda su ferocidad, fué en las guerras serviles. En tales conflictos no se podía

<sup>1</sup> Prosper Merimée, *La Guerre Sociale*, ps. 140 y 163.

tener por ambas partes más objetivo que el asesinato. Objetos de horror y de espanto para todos los hombres, los esclavos no podían

N.º 194. Campania.



1 : 1 000 000

0 25 50 Kil.

Herculano, ciudad contemporánea de Troya, según dice la leyenda, estancia veraniega de patricios, de coleccionadores y de artistas, fué sacudida por un temblor de tierra en el año 63 de la era vulgar, y dieciséis años después, cuando la erupción inesperada del Vesuvio, fué cubierta por una corriente de barro que se solidificó en un cemento muy duro. Pompeya era ante todo una ciudad de comercio y de placer, las deyecciones volcánicas que le enterraron fueron mucho menos espesas y más blandas que las de Herculano, de modo que los fugitivos pudieron, después de la catástrofe, recobrar algunos de sus objetos más preciosos. Véanse los grabados páginas 451, 453, 463, 465, 469 y 470.

sino devolver odio por odio, matar, y después morir á su vez. Según la definición misma de la esclavitud, ningún esclavo tenía derecho á

la justicia; fuera inocente ó culpable, el hecho importaba poco á su amo, éste tenía el derecho de suprimirle. Según una antigua ley romana, que no siempre fué ejecutada porque á ello se oponía el interés del propietario, todos los esclavos que, en el momento de ser asesinado un patrón, habían habitado bajo el mismo techo que el asesino, debían morir. Durante el reinado de Nerón tuvo lugar uno de esos abominables sacrificios, con el riesgo de un gran levantamiento popular, sobre toda una «familia» de 400 servidores, por decisión expresa del Senado; un alto funcionario fué asesinado por uno de sus esclavos, al que había negado su emancipación después de estipulación formal del precio, y los manes de ese personaje, poco honorable pero patricio, debieron ser satisfechos por la sangre de todo el que había vivido bajo el mismo techo.

Los horrores de la esclavitud á domicilio traían consigo, por la solidaridad del crimen, los horrores de la trata en todo el mundo romano y más allá de sus fronteras. Era necesario proveer de domésticos y de trabajadores los palacios y las quintas de los patricios, y de todas partes se procuraba suministrar esa caza. Gobernar bien era despoblar el imperio para aumentar el cortejo de los poderosos, y la guerra no bastaba siempre para llenar las ergástulas; se necesitaba también la intervención del comercio «legítimo». Había categorías de mercaderes que se habían dedicado á la especialidad de la trata, sobre todo en los países de Oriente, donde se entremezclaban poblaciones de orígenes bien diversos. Los Cilicianos eran especialmente grandes piratas, bandidos y mercaderes de esclavos. Provisos de cautivos por las guerras de Siria, se desembarazaban rápidamente de su mercancía humana, merced á la proximidad del mercado de Delos, que en un día podía recibir y despachar muchos miles de esclavos, de donde se originó este proverbio tan frecuentemente citado: «¡Vamos, pronto, mercader, aborda y descarga, que todo está vendido!» Roma devoraba incesantemente esas presas<sup>1</sup>.

Sin embargo, en ese grupo abyecto de la servidumbre, se formaba también una cierta aristocracia entre los esclavos, porque había entre ellos quienes se hacían indispensables á sus amos. Tales eran

<sup>1</sup> Strabon, *Géographie*, lib. XIV, § 2.



CALLE DE LA ABUNDANCIA EN POMPEYA

Cl. Brogi.

los Griegos, que se dedicaban al cuidado y á la instrucción de los niños, á la teneduría de libros, á la redacción de cartas y á la gerencia de las rentas y de las propiedades. Se tenía demasiada necesidad de ellos para no sujetarlos por otros lazos que el de la propiedad legal, y la mayor parte de ellos, desde la primera ó segunda generación, entraban en la clase de los emancipados, que por su situación indecisa entre patricios y plebeyos, constituían un nuevo elemento de desmoralización. Así fué como, aunque conquistada Grecia, Roma se halló conquistada á su vez, y no solamente por mediación de los hombres libres, filósofos, escritores y escultores, todos gente de alta cultura, sino también por la colaboración de los esclavos. ¿No se vió á Catón el Censor, el rudo enemigo de los Helenos y del helenismo, obligado por la fuerza de la opinión, por el decoro, estudiar la lengua griega á la edad de ochenta años?

La obra de los «Gréculos», así designados despreciativamente por los viejos conservadores romanos, fué una obra doble. Mientras suavizaban las costumbres de los bárbaros nacidos de la Loba,

les enseñaban la bella lengua de Homero, las artes y la filosofía de Atenas, no podían aportarles las altas virtudes de los que



Cl. Brogi.

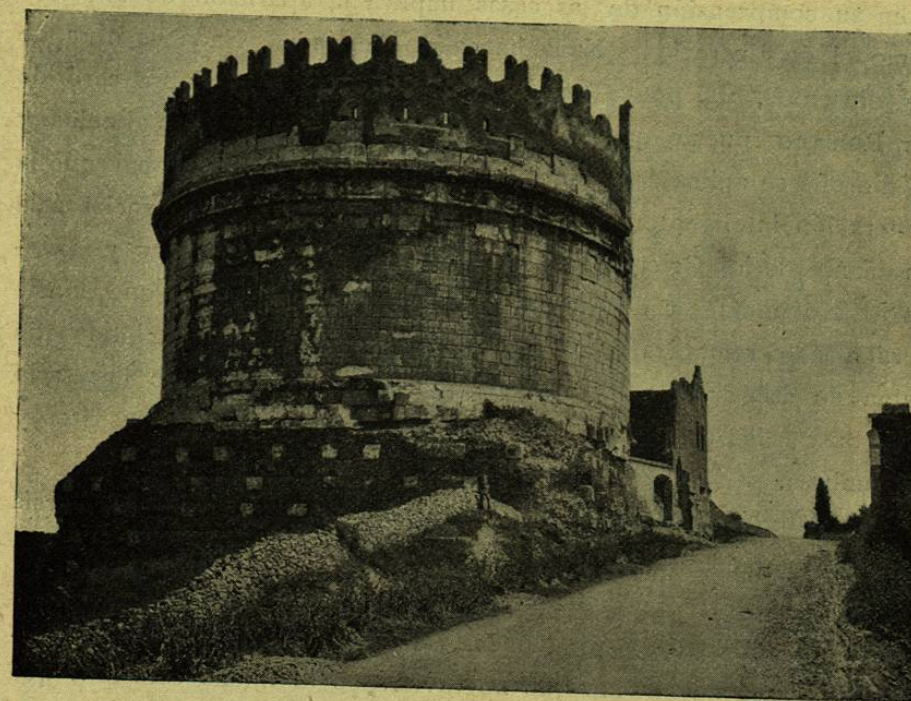
CADÁVER DE HOMBRE ENCONTRADO EN POMPEYA

Doscientos á trescientos cuerpos y esqueletos fueron encontrados en Pompeya, una decena solamente en Herculano.

como Marco Aurelio, de escoger la lengua griega como medio de conocer sus pensamientos escritos.

<sup>1</sup> André Lefèvre, *L'Histoire*, p. 197.

habían engrandecido á Grecia: esclavizados ellos mismos, acostumbrados á adular á los vencedores, sometidos á humillantes bajezas, practicaban en su mayor parte los vicios de la servidumbre al mismo tiempo que recitaban las dignas palabras dichas por sus abuelos. Sin embargo, no faltaron Griegos que desdñaron relacionarse con los conquistadores de su patria: hubo quienes, orgullosos de su origen, de su lengua y de su civilización, se negaban á aprender el latín, hasta cuando el destino les obligaba á residir en Roma: no admitían que un hijo de Helena pudiera rebajarse á conocer otra literatura que la de sus gloriosos antepasados. Á los ojos de los vencidos, los conquistadores no dejaban de ser bárbaros, y cuando surgieron escritores entre esos Latinos despreciados, hubo griego de Roma que afectaba no conocer siquiera sus nombres <sup>1</sup>. Se llegó al caso, respecto de escritores latinos de nacimiento, tales



ROMA — TUMBA DE CECILIA METELA EN LA VÍA APÍA

Cl. Alinari.

El despertar de la literatura latina, que existía en potencia en el fondo nacional, se debió ciertamente al genio evocador de Grecia. El primer escritor en fecha del período greco-latino, Andrónico, que vivía hace veintiún siglos y medio, fué un esclavo tarentino todavía designado por el nombre Livio, de su amo, Livio Salinator. No solamente aprendieron los jóvenes patricios el griego en casa de este emancipado, sino que estudiaron también el latín en su traducción de la *Odisea* y en sus cantos sagrados. Nævio, el soldado que cantó la primera guerra púnica, y Plauto, el viajante umbrio, compusieron también sus poemas y sus comedias según modelos griegos. Ennio, el centurión que refirió la epopeya de Roma desde Eneas hasta las guerras de Macedonia, era un Mesapio de la Gran Grecia, como Livio Andrónico, y ¿no escribió Lucrecio la *Naturaleza de las cosas* dictada por Epicuro? El filósofo griego y el gran poeta romano se nos presentan bajo una misma gran figura cuyo recuerdo no perecerá sino con el pensamiento humano.

¡Pero qué cambios tan considerables en el fondo del alma romana